





**EL PASAJE DE LOS PANORAMAS**

**UN CRUCERO DE VERANO  
POR LAS ANTILLAS  
LAFCADIO HEARN**

TRADUCCIÓN DE REGINA LÓPEZ MUÑOZ



errata naturae

La viñeta de la página siguiente es obra de Marie Royle;  
fue publicada en *Two Years in the French West Indies* de Lafcadio Hearn,  
Nueva York y Londres, Harpers & Brothers, 1923



Este texto se compone sobre todo de notas tomadas durante un viaje de casi cinco mil kilómetros que duró algo menos de dos meses. Tan apresurada travesía difícilmente permitiría a un escritor plantear algo más exhaustivo que una humilde reflexión sobre las experiencias personales vividas; y, pese a las muy variadas y justificables desviaciones de los meros apuntes, el presente ensayo se ofrece únicamente como un intento de dejar constancia de las impresiones tanto visuales como emocionales del momento.

*Lafcadio Hearn*

PRIMERA EDICIÓN: junio de 2016  
TÍTULO ORIGINAL: *A Midsummer Trip to the West Indies*

© de la traducción, Regina López Muñoz, 2016  
© Errata naturae editores, 2016  
c/ Doctor Fourquet 11, bajo dcho.  
28012 Madrid  
info@erratanaturae.com  
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-16544-18-9  
DEPÓSITO LEGAL: M-21752-2016  
CÓDIGO BIC: FA  
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez y Juan Luis López Espada  
para Inmedia (Cáceres)  
MAQUETACIÓN: Natalia Moreno  
IMPRESIÓN: Kadmos  
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,  
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

Un buque alargado, estrecho y grácil, con dos mástiles y una chimenea anaranjada, carga la mercancía en el muelle 49 del río East. Por las escotillas abiertas de par en par se distingue una montaña de barriles apilados; mientras se fleta la carga, se oyen el rumor y el traqueteo de los tornos de vapor, el chirrido de las grúas, el quejido de las garruchas. Es una mañana de julio sin atisbo de brisa, y hace un calor asfixiante: treinta y seis grados.

La cubierta de primera evoca viajes pasados y por venir. Los toldos blancos cobijan unas largas hamacas desperdigadas aquí y allá, cada una con un ocupante que fuma en silencio o sesteá con la cabeza caída a un lado. Un joven se despierta en el momento en que paso a su lado para llegar a mi camarote y me dirige un par de ojos negros inmensos, ojos criollos. Evidentemente, es antillano.

La mañana aún es gris, pero el sol disipa ya la bruma. La grisura se desvanece progresivamente, y un hermoso azul pálido y vaporoso, un azul norteño e inmaterial, colorea las aguas y el cielo. Un cañonazo sacude de pronto el aire cargado: nuestro adiós a las costas estadounidenses. Nos movemos. El embarcadero retrocede y se vuelve vaporoso, lo cubre un velo azulenco. Una neblina diáfana

parece haber atrapado el color del cielo, y hasta los inmensos almacenes rojos adquieren un leve matiz azul en el instante en que se desvanecen. El horizonte emite ya un fulgor verdoso. Por lo demás, el efecto es como el de mirar las cosas a través de unos cristales levemente azulados.

Pasamos bajo la bóveda colosal del puente, imponente; y durante un rato la Estatua de la Libertad se alza por encima de nuestras cabezas, y diríase que gira hacia nosotros la belleza solemne de su desapasionado rostro bronceado para luego mirar hacia otro lado. Los tonos se acentúan; el cielo se torna un poco más azul. Se levanta la brisa.

En ese momento, las aguas adoptan otra tonalidad: unos destellos glaucos las atraviesan. Y han empezado a hablar. Unas pequeñas olas levantan la cabeza como si quisieran mirarnos, acarician los costados del navío, y se susurran palabras unas a otras.

A lo lejos, la superficie del mar empieza a lanzar unos fogonazos blancos rápidos y dispersos, y el buque empieza a balancearse. Nos aproximamos a las aguas del Atlántico. El sol ya está en lo alto, casi sobre nuestras cabezas: unas pocas nubes finas surcan el cielo de colores delicados, unos elementos blancos, esponjosos e interminables. El horizonte ha perdido el fulgor verdoso y ahora es de un azul espectral. Mástiles, palos, jarcias, los botes blancos y la chimenea anaranjada, las líneas brillantes de cubierta y la nevosa barandilla se recortan contra la luz colorida formando un relieve casi cegador. Pese a que el sol

caliente, el viento es frío: una presencia vasta e invisible que te azota y te sume en una suerte de sopor. Y en el arrullo también participa el canto soñoliento de los motores —tu-tu ¡ha!, tu-tu ¡ha!—.

Con la caída de la tarde, el tinte glauco del mar desaparece, el agua se torna azul. Está plagada de fogonazos inmensos, como vetas que se abrieran y cerraran sobre una superficie inmaculada. Y escupe una incesante llovizna de rocío. A veces asciende y abofetea un costado del buque con un sonido similar al de una gran mano abierta. El aliento invisible se eleva con estrépito. Los oscilantes extremos del cordaje chasquean igual que látigos. Un inmenso murmullo ahoga las palabras, un murmullo compuesto de un sinfín de sonidos: el quejido de las garruchas, el silbido de las jarcias, el aleteo y la palpitation de las lonas, el rugido de las mallas al viento. Y ese sonoro pastiche que no cesa de crecer tiene ritmo propio, un *crescendo* y un *diminuendo* marcado por el balanceo regular del buque: como si una voz magnífica exclamase: «¡Uoo-o-oo! ¡Uoo-o-oo!». Nos aproximamos al núcleo mismo de los vientos y las corrientes marinas. Casi no se puede caminar por la cubierta contra el creciente aliento; y, sin embargo, el mundo entero es ahora azul, no se ve ni una nube, y la perfecta transparencia y el vacío que nos envuelven transforman el inmenso poder de este medio invisible en algo fantasmal y estremecedor. Con cada revolución de la corredera se produce un gemido idéntico al de un cachorrillo; se distingue perfectamente entre los rugidos, aun a doce metros de distancia.

Se aproxima el crepúsculo. Durante todo el transcurso del día hemos navegado hacia el sur. El horizonte es ahora de un verde dorado, y esa luz se extiende a todo lo que alcanza el sol poniente. En el límite del mar, un barco grande y grácil navega hacia el ocaso. Parece transformarse en espectro al atrapar ese fuego vaporoso, un navío de bruma de oro; sus palos y velas, luminosos, semejan objetos que se aparecen en sueños.

El sol cada vez más carmesí se sumerge en el mar. El barco fantasma se le aproxima, roza la curva de su rostro incandescente, ¡navega en oblicuo hacia él! ¡Ah, qué visión de esplendor espectral! El gran navío, a toda vela, delineaba repentinamente una marcada silueta contra el disco monstruoso, y se detiene ahí, en el centro mismo del sol escarlata. Su rostro se arrebola por encima de los masteleros, se ensancha más allá del timón y el bauprés. Al recortarse contra tan extraña magnificencia, el contorno de la embarcación cambia por completo de color; el casco, los mástiles y las velas se tiñen de negro, de un negro verdoso.

Pasado un instante, el sol y la nave desaparecen a un tiempo. Cae la noche violeta, y las jarcias del trinquete trazan una cruz sobre el rostro de la luna llena.

Segundo día, por la mañana. El mar es de un azul extraordinario, me recuerda a la tinta violeta. Cerca del buque, el lugar donde se forman unas nubes de espuma presenta un precioso moteado, parece mármol azul con vetas y nebulosidades exquisitas. Un viento templado y unas nubes blancas algodonosas, cirros, trepan por encima del límite del mar. El cielo es aún de un azul pálido y el horizonte está tomado por una bruma lechosa.

Un simpático caballero francés de Guadalupe osa afirmar que el agua no es azul; la califica, por el contrario, de verdosa (*verdâtre*). Y, al confesarle que no soy capaz de distinguir el verde, me señala que aún no sé lo que es un agua azul. *Attendez un peu!*

El color del cielo se aviva a medida que asciende el sol, se aviva deliciosamente. El viento cálido resulta soporífero. Me quedo dormido sintiendo la luz azulina en la cara, el azul intenso y brillante del cielo de mediodía. Mientras dormito, noto como si me quemara a través de los párpados igual que un fuego frío. Despierto sobresaltado y me parece que todo se ha vuelto azul, yo incluido. «¿Esto tampoco es para usted el verdadero azul tropical?», le grito a mi compañero de viaje francés. *Mon Dieu, non!*

exclama, como si le espantase mi pregunta. «¡Esto no es azul!». Me pregunto entonces qué diantre considerará él azul.

Flotan coágulos de sargazo, algas pajizas. Nos aproximamos al Mar de los Sargazos, tomamos la senda de los vientos alisios. Hay un potente mar de fondo; el buque se mece y balancea. Y me sigue pareciendo que el agua acrobática se hace más y más azul. Sin embargo, mi amigo guadalupeño me dice que ese color «que yo llamo azul» es pura oscuridad, la sombra de unas profundidades prodigiosas, nada más.

Ahora no hay nada salvo el cielo azul y lo que insisto en llamar «mar azul». Las nubes se han disuelto en el fulgor intenso. No hay signos de vida, ni allá arriba en el golfo celeste, ni en el abismo que se abre bajo nuestros pies; no se divisan alas ni aletas. A última hora de la tarde, bajo la luz sesgada de oro, el azul del océano adopta un intenso tono ultramarino, y a continuación el sol se hunde tras un banco de nubes cobrizas.

Mañana del tercer día. Mismo viento suave y cálido. Cielo azul intenso, con unas pocas nubes delgadas en el horizonte, semejan bocanadas de vapor. La reverberación de la luz marina que se cuele por las portas abiertas de mi camarote hace que éstas parezcan estar selladas con un cristal grueso y azulado. Empieza a hacer demasiado calor para la ropa de Nueva York.

Ciertamente, el mar se ha vuelto mucho más azul. Recuerda a un cielo licuado; la espuma bien podría estar formada por cirros comprimidos, de lo extravagantemente blanca que está hoy, como nieve al sol. Pese a todo, el anciano caballero de Guadalupe sostiene aún que éste no es el verdadero azul de los trópicos.

Hoy el tono del cielo no se aviva, sino que se aclara. El azul resplandece como si un fuego lo atravesara de parte a parte. Quizá el mar sí avive su tono; yo no creo que pueda adquirir un color más luminoso sin que comience a arder. Le pregunto al médico del barco si es cierto que las aguas antillanas son más azules que éstas. Él lanza una rápida mirada al mar y replica: «¡Uy, ya lo creo que sí!». El tono de sorpresa de su «uy» bien podría indicar que he formulado una pregunta muy tonta, y su mirada parece